

OSWALD MOSLEY Y EL FASCISMO BRITANICO

QUIZA por el hecho insular, o más probablemente por su misma escasa relevancia en la historia de la nación, las organizaciones fascistas de Gran Bretaña son tema no demasiado estudiado. Son acaso mucho más abundantes las referencias a Sir Oswald Mosley, líder y animador de los «blackshirts» («camisas negras») hasta la segunda guerra mundial, y eso en atención a su personalidad vigorosa y sugestiva, incluso a su «glamour», que concitó en un tiempo los elogios de las gentes menos sospechosas de simpatizar con su ideario político. Oswald Mosley, a quien se auguraba una de las carreras políticas más brillantes del Imperio (nadie descartó que podría llegar a secretario del Foreign Office y aun a primer ministro), quiso acaudillar un partido, la Unión Británica de Fascistas y Nacionalsocialistas (BUF) que fuera alternativa a los otros, los tradicionales, en los que él militó sucesivamente, siempre con el resultado de la frustración.

Mosley publicó una autobiografía a finales de los sesenta; su título, «My Life». La primera edición española es de 1973 (1). Se trata de un libro extenso, sincero y presuntuoso a un tiempo, que sirve al autor para justificar acciones pasadas, y que intenta desmentir pretendidos infundios y malentendidos en torno a su persona. Como «leit motiv», un acendrado espíritu europeísta, del que Mosley se hizo paladín mediante conferencias, mítines y escritos, bajo el «slogan» de «Europa, una Nación». Por lo demás, para conocer los avatares del movimiento fascista británico, «My Life» no es un documento muy fidedigno, que digamos.

Mosley (nació en 1896) es el único dirigente fascista de entreguerras que no vive perseguido o en cautividad. Es más, a partir de 1946 reanudó actividades políticas en la City, y dos años después fundaba la «Union Movement», que reuniría a cincuenta pequeñas agrupaciones para una campaña en pro de la unión europea que duraría catorce años. Eso nos da idea, por un lado, de la idiosincrasia política inglesa y,

por otro, de la poca operatividad de la BUF, que en 1940 fue sometida a una especie de proscripción «preventiva». Así, en «Pueblo» (2-XI-68) decía Felipe Mellizo, comentando la aparición de «My Life»: «Hemos tenido todos mucha suerte. Todos, menos el viejo león fascista, que se va muriendo en la soledad sin renunciar a su arrogancia y produciendo a todo el mundo una impresión dolorosa, trágica, de fracaso». El Mosley anterior, un «pico de oro», apuesto, mimado, gran promesa, se había equivocado en toda la línea. Francis L. Carsten escribe de él («La Ascensión del Fascismo»): «Poseía, como líder, un indiscutible magnetismo personal e imaginación. Pero —al igual que José Antonio Primo de Rivera— tenía dos handicaps: provenía de las clases superiores y nunca perdió su mentalidad aristocrática; era un intelectual que creó un manual para el fascismo en Gran Bretaña, en vez de dedicarse a cuestiones prácticas de política y organización». Carsten añade: «El clima nacional y la estructura política de Gran Bretaña no favorecieron el crecimiento del fascismo, y sir Oswald Mosley no fue ni un Hitler ni un Mussolini». Y: «Los métodos de Mosley fueron, a no dudarlo, menos violentos y extremistas que los de Hitler y Codreanu, pero resultaban demasiado extremados para la gran mayoría de sus conciudadanos».

De la cuna a la tumba... de Europa

Mosley nació, ya lo señalamos, de familia distinguida. Sus mayores, terratenientes en el condado de Lancaster, ostentaban un título de baronía. Sir Oswald dedica largas páginas a la explicación de sus orígenes. Fue educado en la Academia Militar de Sandhurst (Winchester), donde destacó como deportista: la esgrima y el boxeo los dominó, hasta el punto de llegar a representar a su país en certámenes internacionales. Al estallar la guerra del 14, es destinado al continente. Primero en la Caballería, se unió luego al Real Cuerpo del Aire, en el que desempeñó misiones de reconoci-

miento a bordo de aquellos «locos cacharros». Según parece, ya que lo refleja en «My Life», el sentimiento europeísta le embarga a raíz de aquellas luchas entre hermanos (europeos). Habiendo pasado a las islas sufrió un grave accidente efectuando entrenamientos de pilotaje; de resultas, una pierna le quedó tres pulgadas más corta que la otra. (¿Será casual esa proclividad de los aviadores a la militancia fascista? D'Annunzio, Italo Balbo, Hess, Goering, Ruiz de Alda, Ansaldo...)

Concluye la guerra. Mosley te-

nía veintidós años en 1918, y ya entra en los Comunes como diputado conservador; gana la representación del distrito de Farrow con una ventaja de diez mil votos. Pero no tardaría en romper su vinculación a los «tories». En plena eferescencia del problema irlandés, el joven parlamentario se siente llamado a otros designios. En 1922 abandona las filas conservadoras, se presenta como independiente a las elecciones y de nuevo sale elegido por siete mil votos de más.

Al año siguiente, sin ninguna

Oswald Mosley con algunos seguidores, cuando ya declinaba el BUF (Unión Británica de Fascistas y Nacionalsocialistas).



(1) O. Mosley: «Mi vida». Luis de Caralt, Editor. Versión española de J. González. Abril, 1973.



Mosley es el único dirigente fascista de entreguerras que no vive perseguido o en cautividad. En la foto, en su despacho, en el período cumbre de las actividades fascistas.

Gonzalo Garcival

etiqueta de partido, obtuvo una mayoría de casi cinco mil. Beatriz Webb le llamó entonces «el hombre más brillante de la Cámara de los Comunes; el perfecto político que es, además, un perfecto caballero». Hasta 1924, en abril, no ingresa Mosley en el Labour Party, en el que tanto habría de medrar.

Reyes en su boda con Lady Cynthia

Entre tanto, la vida familiar de Mosley atravesaba el drama de la separación de sus progenitores. Tuvo que repartirse entre la madre y el abuelo paterno. Su padre le había llamado en alguna ocasión «socialista insincero», reprochándole una vida sin problemas. La boda de Oswald, muy afortunada, con Lady Cynthia Curzon, segunda hija del marqués Curzon de Kedleston, en 1920, fue un acontecimiento. Asistieron a la ceremonia el rey Jorge V, la reina Mary y los monarcas de Bélgica. El propio Mosley recuerda que llegó tarde a la iglesia: se había distraído charlando con unos amigos. El marqués de Cur-

zon había sido virrey de la India y secretario de Asuntos Exteriores. Un conservador acrisolado.

Lady Cynthia, una de las mujeres más bellas del Londres aquel, se convirtió pronto en auxiliar inapreciable del marido, y compartió sus triunfos y sinsabores hasta morir, tempranamente, en 1933 a causa de una peritonitis. Cynthia ocupó un escaño en el Parlamento, entre los laboristas; resultó elegida, por méritos propios, en 1929. Tal vez su desaparición constituyera la clave de que Mosley acudiese, sin reservas, al fascismo.

Posteriormente, Mosley contraería segundo matrimonio con Diana Mitford, en Berlín, en ceremonia muy privada, con los señores de Goebbels como padrinos (2).

(2) Recientemente, el matrimonio Mosley-Mitford ha tenido que ser revalidado en Londres. Habiéndose extraviado el certificado del que se celebró en Berlín, y muertos los testigos firmantes en aquella ceremonia, no podían acreditar de manera fidedigna su estado civil. Esta vez no hubo ninguna fiesta. Mosley declaró: «Estamos en época de crisis, y no hay tiempo para festejos. Quizá haga una fiesta cuando celebre mis bodas de oro».

Unity Mitford, hermana de su esposa y caracterizada militante nazifascista, acabó suicidándose en Munich. Las amistosas relaciones de Mosley y su plana mayor con los jefes del nacionalsocialismo fueron siempre estrechas. Hitler elogió personalmente algunos artículos del simpatizante inglés referentes a temas imperiales de interés común.

La devoción a Keynes

La participación de Mosley en el partido laborista se ha calificado de radical más que de socialista dogmática. Nuevas insatisfacciones le acercan al Independent Labour Party, al cual elevó (1925) las llamadas «proposiciones de Birmingham», contenidas en un panfleto titulado «Revolución por la razón». Tales «proposiciones» estaban inspiradas en las teorías económicas de Keynes. Ante la difícil coyuntura económica de Inglaterra, se abogaba por la nacionalización del sistema bancario, como medio de asegurar el control público del crédito. Este debía extenderse al

máximo en beneficio del consumidor, a fin de estimular la demanda, que no habría de ser inflacionaria en ningún caso, pues, como resultado del auge de la moneda circulante, se traduciría en aumento de la provisión de bienes. El dinero se descontaría de las plusvalías industriales durante los períodos de alza debidos a la previa extensión del crédito.

En 1926, Mosley padeció un revés electoral y perdió su escaño en los Comunes. Por cierto, que en la campaña arremetía contra los conservadores, quienes, dijo, usaban los métodos de los «camisas negras» italianos para combatir el desorden. Veía a los escuadristas mussolinianos como «malhadados imitadores de los vendedores de helados». También por esa época echó en cara a los «torios» el que «les gustaría ser fascistas, pero no tienen coraje para vestir camisa negra». El futuro se encargaría de deparar a Mosley ese coraje. Mientras tanto, y según una historia apócrifa, Lady Cynthia había dicho ante un club femenino de Smetwich —distrito donde falló la elección— que si votaban a su marido podrían tener costosas pieles, alhajas y vacaciones en la Riviera, como ella.

A pesar del fracaso, el primer ministro laborista Ramsay Mac Donald recompensó a Mosley con un cargo gubernamental: la Cancillería del Ducado de Lancaster. El cenit de una carrera al servicio de Su Graciosa Majestad.

Como canciller del Ducado de Lancaster, tenía la misión de ayudar al Lord del Sello Privado, J. H. Thomas, en la lucha contra el problema, cada día más agudo, del desempleo. En 1930, el número de trabajadores en paro se fijaba en un cuarto de millón, calamidad en parte derivada de la depresión que sobrevino al «crack» de Wall Street.

De desencanto en desencanto

No tardarían en surgir desavenencias entre Mosley y Thomas; el primero acusó a éste de incapacidad para resolver el grave problema de los parados. Mosley, al fin, eleva un memorándum al premier Mac Donald, al que sugiere un esquema acorde con las recomendaciones de Maynard Keynes: intensificación de las obras públicas, mejor asistencia escolar, pensiones de retiro, proyectos de modernización en la agricultura, etcétera. Con arreglo al memorándum, doscientos millones de libras serían invertidos en carreteras y otras obras públicas. El memorándum en cuestión fue aireado, a tiempo indebido, por la Prensa; Thomas presentó la dimisión, que no le fue

OSWALD MOSLEY

aceptada por Mac Donald. En mayo de 1930, el Gobierno rechazó el proyecto de Mosley. Pero él, ni corto ni perezoso, lo sometió a la consideración del partido; nuevo fracaso. No obstante la petición de sesenta disputados (laboristas) de que Thomas dimitiese, y la confianza que le fuera ratificada por los representantes de la Conferencia Anual del Labour, se redujo paulatinamente el cupo de adhesiones a este plan, uno de cuyos puntos propugnaba el nombramiento de cinco ministros —los llamados «cinco dictadores»— que podrían gobernar sin consultar al Parlamento.

Enero de 1931: Mosley fracasa en su último llamamiento a los diputados del partido. Transcurre medio año y se anuncia la creación del «New Party». Los rasgos básicos de la nueva formación, «juventud y acción»; su empeño histórico, «armarse de energía, vitalidad y virilidad, para salvar y reconstruir la Nación». Alguien llamó al N. P. «aborto político», puesto que Mosley no quiso renunciar a su condición de laborista: lo expulsaron. Algunos de los disidentes que coadyuvaban a la creación del flamante grupo, como Oliver Baldwin y N. J. Brown, desertaron nada más leer en el «Observer» que Sir Oswald comparaba al «New Party» con los movimientos fascistas continentales.

Tal homologación se ratificaría inmediatamente. Cuando Mosley compareció en el colegio electoral de Aston-under-Lyne, circunscripción donde figuraban candidatos del N. P., pudo advertir la actitud hostil del censo laborista. La derrota sufrida arrancó al jefe: «¡Esta chusma es la que ha impedido hacer nada en Inglaterra después de la guerra!».

El N. P. juega a la carta fascista

Comenzaba a perfilarse la opción abiertamente fascista del N. P. En seguida prepara a una juventud escuadrada que asegure el orden en mítines y desfiles. Corrieron rumores de que dos miembros del N. P. habían marchado a Alemania para imponerse en los métodos disuasorios del brazo juvenil nazi. Tras el desengaño de las elecciones generales, en junio de 1931, el N. P. proclamó su fe en el Estado corporativo. Y los primeros enfrentamientos y disturbios aparecen, para volverse inseparables del comportamiento del partido. Durante un mitin en Birmingham, Mosley necesitó defenderse... esgrimiendo un garróte. Cunden las defecciones: Strachey y Young, antes fieles servidores del líder, se apartan del N. P.; habían crei-

do, ingenuamente, que su misión era la de promover la confianza en las ideas keynesianas. En medio de aquella confusión, llegaban ayudas económicas a los clubs juveniles del N. P.; William Morris, el fabricante de coches, les regaló dinero.

Mientras las ideas de disciplina, orden y autocontrol reciben el acento consabido, Mosley y Nicolson —colaborador íntimo— visitan Roma (1932). La «romería», en opinión de Nicolson, debería haber defraudado a Mosley con respecto a Mussolini y su movimiento, quizá por aquello de que «Roma veduta, fede perduta». Pero no. Mosley regresó a Inglaterra con un propósito más firme de catapultar al «New Party» a la línea fascista. Y escribe sobre el ideario tan apasionadamente abrazado en «The Greater Britain», la Inglaterra más grande, por si no lo fuera suficiente. Encarga entonces a Robert Forgan que establezca contactos con los otros grupúsculos fascistas en el país. Es el primer paso para la British Union of Fascists, fusión de aquellas pequeñas fuerzas en una sola.

Los pre-mosleyistas

¿Cuáles eran esas fuerzas que encontró Mosley ya organizadas? Antecedentes más remotos de la tendencia general —a la que eran muy predispuestos los conservadores más derechistas— los hallamos en la «British Brothers League», fundada en 1902. Actuó en el East End londinense, barrio de mayoría judaica, y luego palestra muy favorita de la BUF. La «League» se destacó por su animosidad hacia hebreos, católicos e irlandeses, y más acudadamente los inmigrantes. Tenía por divisa «England for the English». Los «British Fascists» constituyeron el primer movimiento autodenominado fascista, y su aparición data de 1923. La principal inspiradora, miss Rotha Lintorn-Orman, de veintiséis años, era mujer de aficiones e indumentaria tirando a viriles. En 1927, los «British Fascists» adoptaron como uniforme una camisa azul; usaban del saludo romano. El primer presidente, general Blakeney, creyó que se podía equiparar el movimiento a los apolíticos «scouts».

También hubo unos «National Fascists», opuestos a ultranza a la inmigración de trabajadores (¿precedente lejano de Enoch Powell?). La «British Empire Union», entre cuyos afiliados más conspicuos estaban lord Iveagh y lord Astor, pese a sus debilidades, rechazó los deseos formulados por la BUF de acabar con el sistema parlamentario tradi-

cional. Otros, «The Britons», adornaron su periódico, «The Investigator», con una svástica. Predicaban la deportación de los judíos a Palestina (1) y tradujeron los famosos «Protocolos de los maestros de Sión». Por último, la «Imperial Fascist League», creada y dirigida al término de la Primera Guerra por Arnold Leese, veterinario especializado en camellos, cuyo encono racista duró hasta su muerte, en 1956. La teoría de Leese, muy pintoresca, consistía en afirmar que el cristianismo no es sino un complot de los judíos contra la virilidad nórdica.

El fascismo, tendencia «autóctona»

Hubo algunas tensiones hasta lograrse la unificación. Para los

elementos radicales, Mosley seguía siendo un «rojo». Finalmente, en el verano de 1932, el líder imponía sus criterios; el N. P. aceptaba la etiqueta de «fascista», la camisa negra y demás símbolos.

Como ocurre casi siempre en estos casos, los ingleses adictos a la doctrina fascista sostenían, contra viento y marea, que la BUF era un partido netamente inglés, derivado de un fuerte espíritu nacionalista. Eso lo dijeron todos, por más que a la hora de la verdad no tuvieran remilgos para entregarse al invasor «amigo».

La camisa negra usada por los de la BUF fue, dicho mejor, una especie de jersey parecido a los que usan los tiradores de esgrima. Mosley cuenta en su biografía que fue un delicado detalle de sus partidarios escoger este

Harold Nicolson, colaborador íntimo de Mosley, con su mujer.



modelo, en atención al gusto de él por tan noble deporte. Las «fasces» entraron en la simbología de la BUF en gracia a la convicción de que el Imperio británico era heredero de Roma y sus tradiciones. Otro tanto ocurría con el saludo: Mosley alegaba que el brazo en alto había sido en Inglaterra una forma de saludo usual durante muchos siglos (acaso en esto coincidiera con E. Giménez Caballero, para el cual los indígenas de Hispania recibían ya con el mismo gesto a los conquistadores romanos).

La BUF lo utilizó con dos variantes: una, a medio brazo, entre los «blackshirts» uniformados; la otra, alzando por entero el brazo para cumplimentar al líder, honrar los colores nacionales o a la Monarquía. En cuanto a las «fasces», su preeminencia en la emblemática partidaria quedó relegada al introducirse el dibujo de una centella inscrita en un círculo. Dicho emblema lo describieron como «relámpago de la acción en el círculo de la unidad». Sin embargo, los antifascistas guasones lo llamaban «relámpago en la cacerola». Visto un poco de lejos, la tal centella se asemeja mucho a la ese rúnica de la insignia «S.S.» nazi.

La camisa negra venía a significar «fe y voluntad de acero contra los rojos». Los fascistas pusieron a la venta insignias, brazaletes, placas, libros, discos con himnos o discursos del líder... Incluso se inventó un ceremonial para bodas de «rito fascista».

La «Casa Negra» de Chelsea

El primer acto público organizado por la BUF tuvo lugar en Great George Street, en Londres, el 1 de octubre de 1932: un «coro de acero», formado por treinta y dos camisas negras uniformados, hacía la guardia al jefe, Sir Oswald Mosley, quien arengó a sus fieles para animarles a «dedicar vuestras vidas a la construcción del movimiento de la era moderna en este país».

Víctima o ejecutora de violencias callejeras, la BUF incrementaba la labor de proselitismo. Mosley creía encontrarse en el umbral del poder, pero lo cierto es que la crisis socioeconómica no alcanzó el punto por él apetecido. Efectuó una segunda visita a Roma en abril del 33, como invitado a una parada política. A última hora, el Duce no vino a presidir la manifestación, de manera que Mosley y Lady Cynthia correspondieron, por espacio de dos horas —desde el podio presidencial— al saludo de miles de fascistas italianos.



William Joyce, conocido en el BUF como Lord Haw Haw. Joyce acusó a Mosley de ser demasiado imitador de los fascismos italiano y alemán.

Hacia 1934, las actividades de la BUF eran conocidas del gran público, y especialmente la «Casa Negra», así denominado el inmueble adquirido por el partido para cuartel general, en Chelsea. La «Casa Negra» era albergue de las fuerzas a «full time»; disponía de dormitorios, comedores, salas de recreo, gimnasio, biblioteca, bar, etcétera. Al parecer, más de cuatrocientos militantes recibían allí acomodo, manutención incluida, a la par que instrucción militar, todo en régimen de cuartel. Estos militantes, entregados a la causa en cuerpo y alma, contaban con una flotilla de coches para los casos de desplazamiento. Actividades (paramilitares) complementarias, eran una «Fascist Air Force», con clubs de vuelo y una «Motor Corps».

Cuando el sostenimiento del aparato visible se hizo imposible, por falta de fondos, la BUF tuvo que desprenderse de la «Casa Negra» y lo demás. Respecto a la ayuda financiera, aparte la proveniente del peculio particular de Mosley, debe señalarse la facilitada, en un corto tiempo, por Lord Rothermere, el magnate de la Prensa. Este señor firmó en sus periódicos comentarios favorables al fascismo. Para Rothermere, los «British Fascists» no te-

nían nada que ver con sus correligionarios alemanes o italianos; antes, al contrario, constituían un producto político genuinamente británico. También es verdad que cambió a toda prisa de criterio y acabó arremetiendo contra sus amigos, en vista del antisemitismo virulento de que eran promotores.

Cien mil militantes hasta 1938

El espectro sociológico de la BUF nunca se ha determinado bien. Primaban los jóvenes sobre la gente madura, los universitarios sobre los obreros, las personas de determinada tendencia intelectual sobre la masa poco «cultivada», etcétera. Aun así, también militaron trabajadores manuales, tipos marginados y de mal asiento, etc., y personas de talante racista vecindadas en distritos de judíos y de inmigrantes. El número de miembros se estimó entre 17 y 35.000, para la anualidad 1934-35, cantidad que iría reduciéndose progresivamente. En 1938, el número de los que, de una manera u otra, habían estado vinculados al partido quedaba fijado en 100.000.

Los abandonos serían más numerosos con el tiempo que las nuevas adhesiones. Y si bien en coyunturas muy concretas la BUF contaba con la aquiescencia de prohombres —Mosley se atribuye ciertas simpatías de, por ejemplo, Bernard Shaw— y tenía a su servicio a seudointelectuales, como A. K. Chesterton, significado antisemita y primo segundo del famoso escritor, su presencia en el panorama político inglés terminaría como el «rosario de la aurora».

Por más que Mosley quiera descargarse de la tara antisemita, la intemperancia de la BUF reside, principalmente en la paranoia antijudía, mantenida a lo largo de las tres etapas en que puede resumirse la evolución fascista en Inglaterra. De 1932 a 1934, incide la BUF en los proyectos de reconstrucción nacional y en la propaganda. Pero del 34 al 37, la obsesión antijudía quiere explicarla en esta tesis: se persigue a los judíos no por lo que fueron o son, sino por lo que hacen. Del 37 a 1940, la BUF se ve forzado a sostener su tesis irracional, e intenta hacer compatible el chauvinismo con el apoyo al Eje, o, cuando menos, con la oposición a hacerle la guerra; la guerra, que se haga contra Rusia. ¿Cómo iban a considerarse los intereses expansionistas germano-italianos lesivos para el Imperio británico? Había que impedir la contienda, porque esta «no es otra cosa que una lucha a favor del judaísmo internacional».

Cierto que Mosley mantuvo conversaciones, en 1934, con dirigentes judíos, a fin de llegar a una política de «vivir y dejar vivir». Pero a la postre prevaleció el empecinamiento fascista, que ponía todo el énfasis en el carácter foráneo de la stirpe judía, a base, claro, de escamotear la naturaleza exótica del movimiento fascista, no menos extraña al pueblo inglés.

A medida que los insultos, los desafíos y la histeria antisemita subsan de tono, la BUF se atraía las antipatías del pueblo inglés en general y de los judíos en particular. Sus amenazas cayeron en terreno baldío, ya que el «pogrom» hitleriano daba ya la alarma. Mosley no se inspiraba en una teoría concreta, como los nazis, para perseguir a los judíos; era un prejuicio pedestre, surgido del olfato. En el libro «Tomorrow we live», el pontífice fascista sugiere que la población judía sea deportada a otro territorio —no especifica cuál—, donde esa raza pueda librarse del ancestral castigo de la falta de nacionalidad.

En resumidas cuentas, el afán antisemita del BUF sólo benefició a comunistas y socialistas.



La caspa puede hacerle perder algo más que el pelo

Aparentemente nadie se fija en ese polvillo desagradable que blanquea los hombros de su chaqueta. Pero usted lo sabe. Un ligero gesto de rechazo, una mirada de reproche sorprendida... La caspa le está creando problemas con los demás.

Y, por si fuera poco, está lo del pelo. Empezó apenas con tres o cuatro cabellos en el peine. Pero ya no son tres ni cuatro... A este ritmo ¿cuánto tardará en aparecer la calvicie?

Nosotros le ofrecemos la solución. Se llama Pantén, un producto científico que contiene una sustancia activa, el Pantyl, factor vitamínico B, que activa la formación de células en el cuero cabelludo, da al pelo las vitami-

nas necesarias para su normal desarrollo, elimina la irritación de la piel y por tanto la caspa.

Una fricción diaria basta para que su acción se mantenga durante horas, vitaminando su pelo desde la misma raíz. Dándole la flexibilidad, el brillo, el aspecto limpio y sano de la primera juventud. Empezé hoy mismo. Haga de su fricción Pantén una costumbre diaria. Ahora que está a tiempo, Pantén puede ayudarle a conservar algo más que el pelo.



PANTEN

tiene vitaminas porque su pelo las necesita

OSWALD MOSLEY

que vieron notablemente acrecentado el número de afiliados y simpatizantes.

La BUF cierra su historia en 1940. El Gobierno estaba, desde mucho antes, predispuesto en contra suya. Las graves alteraciones del orden público originadas en mítines y desfiles —entre las más sonadas, la del Olympia, la del Albert Hall y la «batalla de Cable Street», por orden cronológico— obligaron al Parlamento a aprobar un viejo proyecto. Así, pues, el 1 de enero de 1937 entró en vigor la «Public Order Act», cuyo objetivo primordial era prohibir el uso de uniformes en mítines y lugares públicos, y, asimismo, la existencia de organizaciones paramilitares que asumieran funciones reservadas al Ejército y la Policía. En contra de todas las protestas, desaparecieron las camisas rojas del Independent Labour Party y las negras de la BUF.

En el declinar, la British Union of Fascists habría de sufrir un desgajamiento: en la primavera de 1937, William Joyce, John Beckett, J. Mac Nab y Vincent Collier fundaron la Liga Nacional Socialista, con una nómina que no incluyó a más de 300 miembros. Joyce acusó entonces a Mosley de ser demasiado imitador de los fascismos italiano y teutónico. Y lo que son las cosas: avanzada la guerra, Joyce, más conocido por Lord Haw Haw, realizó desde Berlín una serie de emisiones radiofónicas a favor de los alemanes.

Ocho meses después de estallar la guerra, el Gobierno, haciendo uso de las atribuciones contenidas en la Instrucción 18 B, sobre Poderes de Emergencia para la Defensa, metió en la cárcel a militantes y cooperadores de la BUF.

La BUF y la guerra de España

La postura de la BUF ante la guerra civil española fue, en lo dialéctico, favorable al Alzamiento. Ahora que, muy galanamente, los fascistas ingleses no enviaron un solo voluntario a combatir, habida cuenta de que proclamaban que la guerra española no merecía la efusión de sangre británica. Esta falta de, digamos, generosidad contrasta con la aportación irlandesa al bando nacional. Hugh Thomas habla, en términos bastante elogiosos, de los 600 «camisas azules» (distintivo de los fascistas irlandeses) que lucharon a las órdenes del «general» O'Duffy.

Todo ello no obsta para que, por ejemplo, Mosley enviara fotografías con dedicativa a la revista «Vértice» (diciembre 1937), y para que la misma publicación

dedicara cariñosos comentarios a la BUF y su caudillo. Entre otros: «Inglaterra, país de destinos imperiales, ha encontrado también al hombre que habría de salvarla precisamente en el instante en que, minada por la ponzoña judaica, comenzaba a desintegrarse, al margen inclusive de sus proverbiales y seculares sentimientos liberales». Porque —aquí agregó yo— no debemos olvidar que Mosley era un paladín de la libertad de expresión y de otros derechos del hombre en Gran Bretaña.

Europa, el último y definitivo amor

Finalizada la guerra, Mosley y su esposa, Diana Mitford, antes encarcelados en condiciones bastante humanitarias, consiguen pasaporte para salir de Gran Bretaña. En unión de sus hijos, toman un yate para ponerse rumbo al continente. Una gran aspiración de Mosley era conocer España. El yate ancló en La Coruña, donde —lo dice en «My Life»— evocó al general John Moore. Esto era en 1949. Desde Andalucía, y en tren, vino a Madrid. «ABC» (10 julio 1949), en escueta y no destacada noticia, decía que «en el Expreso de Andalucía ha llegado a Madrid Sir Oswald Mosley...». En la capital de España fue huésped de la familia Serrano Súñer. Don Ramón Serrano Súñer dio orden de que el monasterio de El Escorial estuviera, la fecha en que lo visitó Mosley, abierto hasta medianoche. En San Lorenzo, Mosley y familia oraron ante la tumba de José Antonio, a quien sir Oswald recordaba haber visto una vez, por los años 30, en el cuartel general de la BUF, en Chelsea.

El giro del pensamiento mosleyista en la etapa de posguerra se vierte en las publicaciones del «Union Movement», fundado, según dijimos, en 1948, y cuya finalidad era promover «la más amplia unión de Europa». El destino inglés ya no estaba en el Imperio, sino en Europa.

La estrella de Mosley volvía a amanecer demasiado tarde. Su ambicioso propósito de mancomunar en una misma empresa a los pueblos europeos, recogido en diez puntos presentados a un Congreso de movimientos paradójicamente nacionalistas (Venecia, 1962), sería largo de pergeñar aquí. Pueden leerse en «Mi vida» (páginas 486-89).

Llovía sobre mojado: la Comunidad Económica Europea era una realidad con ese espíritu integrador. Por enésima vez, Mosley jugaba el papel de redentor cuando ya no había nada que redimir.

■ G. G.

COLECCIÓN

¿qué sé?

una sólida base cultural,
para el hombre de hoy



75 ptas. • QUINCENAL

¿qué sé? oikos-tau

AGRICULTURA • REPORTAJES • QUÍMICA • CIENCIAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS • HISTORIA • LITERATURA • SOCIOLOGÍA • GEOGRAFÍA • ELECTRONICA • PSICOTERAPIA • DERECHO • SOCIOLOGÍA • DEPORTES • BELLAS ARTES • PEDAGOGÍA • MEDICINA • MARKETING • RELIGIONES Y MITOS • ZOOLOGÍA

NOTICIAS DE LEO BURNETT, S. A.

Osborne, Cadbury-Schweppes y Ronson han asignado productos a Leo Burnett durante los últimos meses, y hay nuevas caras en las oficinas de las Agencias en Madrid y Barcelona.

Manuel Trabado, antiguo Product Manager de UNILEVER y últimamente Director de Cuentas y Consejero de Young & Rubicam, se ha incorporado a Leo Burnett como Director Adjunto.

José María Sobregau, antiguo Product Manager y Jefe de Promoción de Stariux, Masannes y Grau, y últimamente en Nestlé, se ha incorporado como Director de operaciones en la oficina de Barcelona.

Ha sido reorganizada la Dirección de la Empresa. John E. Holmes continúa como Consejero Delegado, y Manolo Trabado, como Director Adjunto, asume la responsabilidad de supervisar el departamento de contacto con clientes. Otros miembros de la Dirección son Ricardo Buceta y Gerry Roberts, quienes continúan siendo responsables de la Planificación y Creación, respectivamente.

Como parte de la política de Leo Burnett, todos los miembros de la Dirección pasan a ser accionistas de la compañía internacional.

PREMIO A RASGO Y GONZALEZ BYASS

El pasado día 11 de enero, y en el transcurso de un acto de la mayor brillantez, se procedió, en los salones del Hotel MELIA Princesa, a la entrega de los Premios Gardoqui-SARPE 1973. El correspondiente a la mejor Campaña publicitaria aparecida en Prensa no daría entre el 1 de octubre de 1972 y el 30 de septiembre de 1973 correspondió a la Campaña realizada para el brandy Byass 96, dentro del contexto general de la Campaña Institucional instrumentada bajo el lema «La gran verdad de González Byass», que tanta penetración ha alcanzado en el público y tan favorablemente comentada ha sido en todos los medios profesionales.